

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIII

San José, Costa Rica 1931 Sábado 15 de Agosto

Núm. 7

Año XII. No. 551

SUMARIO

Homenaje a Bolívar en París
Fragmentos de Carta
Lista de algunas de las víctimas del despotismo venezolano
La República española y Venezuela
La situación económica-fiscal de Venezuela
Quiéren ahora hacer puerto libre a Limón...
El precursor y apóstol del soviét
Giménez Caballero
Unas líneas autobiográficas
En el que concluye una conversación interrumpida

Carlos Deambrosio Martins

R. Blanco-Fombona
Rómulo Betancourt
Juan del Camino
Antonio Espina
Carlos Delgado Olivares
E. Giménez Caballero
Persiles

Una renuncia y una protesta del novelista venezolano
Rómulo Gallegos
Canales interoceánicos: Panamá, Nicaragua
Discurso del universitario venezolano Jovito Villalba en el Panteón Nacional de Caracas, durante la Semana del Estudiante
Homenaje del indio
Bolívar y nuestros huéspedes de honor
Noticias sobre algunos de los movimientos revolucionarios habidos en Venezuela contra el régimen de Juan Vicente Gómez

Rómulo Gallegos
Jacinto López

Pío Tamayo
Varias firmas

Homenaje a Bolívar en París

Discurso del Licdo. José Vasconcelos

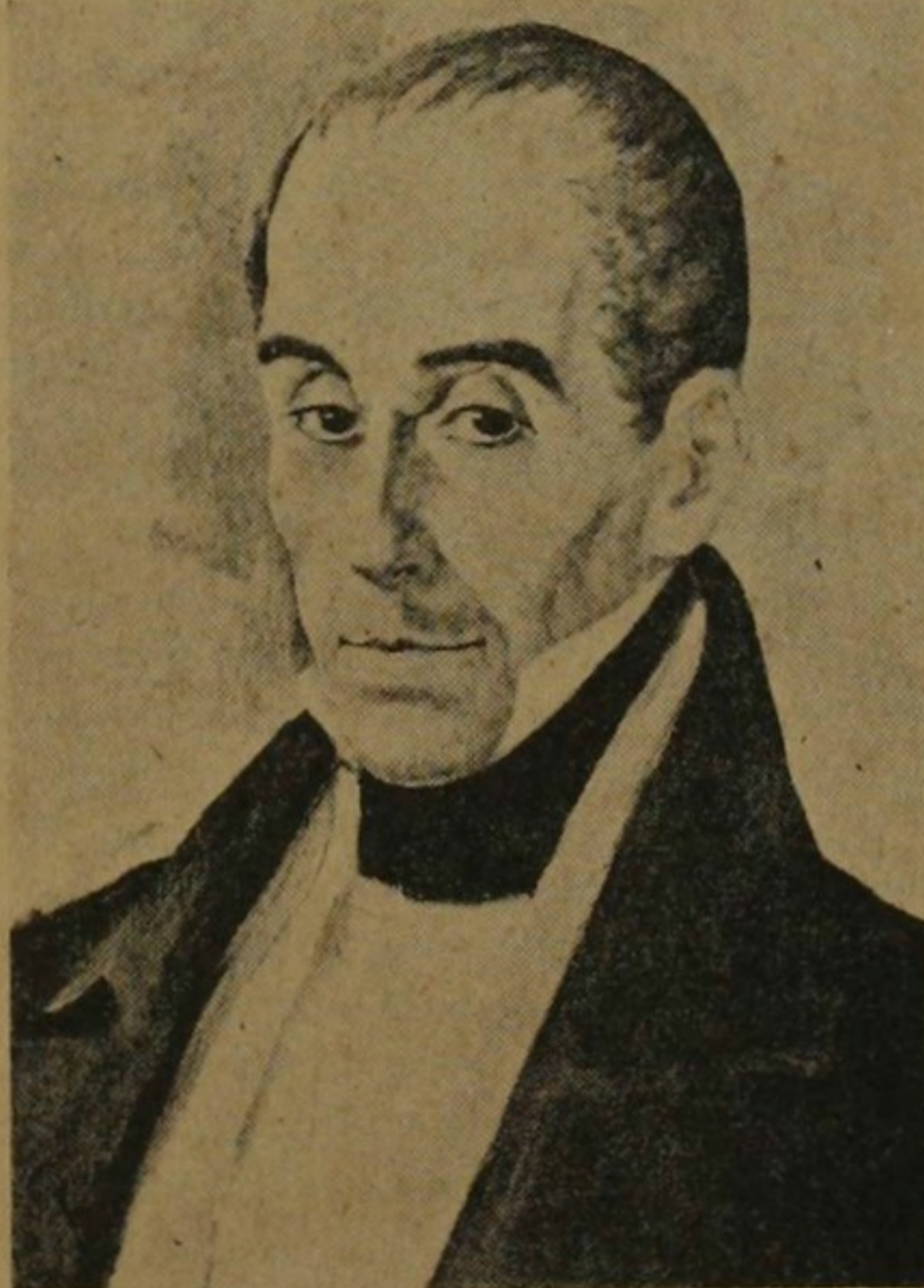
—Envío del autor—

París, Julio 1931.—El acto solemne, solemnisimo en su sencillez callejera, del descubrimiento de la lápida colocada en el frontispicio de la casa en que vivió en 1804, el gran Bolívar, tuvo como marco un París de domingo, desierto, provinciano, casi estival y trajeado de sol. Porque hubo sol—unos rayos mediterráneos, espesos, rojos—, ozono de vida en la metrópoli umbrosa, limpia esa mañana de sus gentes cotidianas. El ambiente era, pues de intimidad y de amables recogimientos. Y de notas claras. Y de sol hasta en los pliegues de las banderas americanas que tapizaban el viejo muro histórico.

La Asociación General de Estudiantes Latino-Americanos había convocado a sus legiones del Barrio Latino y de la Ciudad Universitaria; y la ceremonia, presidida por el maestro José Vasconcelos, dió comienzo con las palabras en francés del joven venezolano Carlos A. D'Ascoli. Evocó el orador el paso de Bolívar por la Capital francesa y su estancia en ese pequeño hotel hoy desaparecido, situado en el número 4 de la Calle Vivienne, frente a los jardines de la Biblioteca Nacional y a pocas pasos de la Bolsa...

En nombre del Consejo Municipal de París, el diputado, profesor y periodista Raúl Brandon improvisó un magnífico y noble discurso rindiendo homenaje a la figura máxima de Bolívar. Se complació al mismo tiempo, en dedicar unas frases de elogio a la obra exquisita del artista, el escultor colombiano Rómulo Rozo, actualmente en México, autor de la placa en piedra lisa que recordará, de hoy en adelante a los pasantes, que allí vivió sus días de París quien libertó a un mundo.

El homenaje bolivariano terminó con la alocución del Licenciado Vasconcelos que habló, puede decirse, en nombre de todos los oprimidos de la raza. En esta hora de negación a la libertad, y por consecuencia, de traición a Bolívar, es necesario, es un deber moral, que la catilinaria que el político y escritor mexicano pronunció esa mañana, en la acera de la mansión histórica, poniendo en sus palabras «algo de trágico asombro por-



Simón Bolívar en 1830

Estudio de Michelena

que se cumplieron las profecías», sea reproducida *in extenso*, sin quitarle un punto ni una coma, en todo el continente.

Con ese espíritu, publicamos, pues, a continuación, la pieza oratoria del Maestro de la Juventud de América.

La voluntad de estos jóvenes libres ha querido que sea un mexicano el portavoz de su ofrenda al inmenso vidente y libertador de nuestra raza: Simón Bolívar.

No es con aire de triunfo como venimos a evocar la memoria insigne; más bien deberíamos poner en nuestras palabras algo de trágico asombro porque se cumplieron las profecías terribles. Tus pueblos están como lo previste.

En México la casta del primer Iturbide que tú condenaste, se ha perpetuado y hoy más arrogante que nunca, vende al mendeo los restos de una Patria que ya comprometió en globo sus tierras en su petróleo, en su moral, en su porvenir. Iturbide ha ido cambiando de nombres, Santa Ana, Obregón, pero no de sistemas.

Ni tampoco han variado los métodos de nuestros poderosos rivales. Poinsett expulsó a tu primer discípulo Alaman, el que intentara rehacer en Tacubaya la obra aplazada en Panamá. El plan del zollverein hispanoamericano, formulado, logrado ya por Alaman fracasó, porque de pronto, la intriga extranjera, coludida con la ignorancia, con el militarismo ambicioso, expulsó a Alaman para sustituirlo con analfabetas engalonados. Hoy el nuevo Poinsett ahoga en sangre la voluntad nacional, burla el voto, e impone a una casta de constabularios, discípulos de Chamorro, el primero entre los panamericanistas.

Estamos pues en derrota, y en la ciudad libre que tú amaste y de la cual acaso aprendiste que hay un sacrificio incompatible con el honor y es el sacrificio de la libertad.

Otra lección tuya nos urge recordar en esta hora de angustia; es la lección de tu constancia. Donde otros desesperaban tú persistías. Y viste el falaz triunfo. Y no te mareó el éxito, le abriste la entraña, y hallaste en ella el dolor de tus pueblos, el peligro ya claro de toda esta centuria de signo adverso.

¿Qué más podemos decirte a ti que todo lo supiste? Pero lo que yo adivino que tú nos dirías, en este desastre, es lo que comúnmente dice el buen maestro: «haced lo que hice». Lo que tú hiciste fué luchar hasta el sacrificio; triunfar dentro de ti, librándote de la codicia, antes de triunfar sobre los demás, imponiéndoles la libertad.

La única promesa que yo puedo señalar en este general derrumbe, es la promesa de ciertos grupos libres de la juventud hispanoamericana; grupos que como tú siguen luchando en la adversidad. Los que en México están asechados por el asesinato, los compañeros de Germán del Campo. Los que en Cuba padecen por ser dignos, los que en Venezuela marchitan su juventud en las cárceles. Ellos son la América que tú amaste y en ellos hay la misma capacidad de sufrimiento, el mismo tezón que tú enseñaste.

Son también los tuyos, los que hoy aquí, en pequeño número, descubren tu nombre glorioso a la claridad de esta Ciudad Luz. Luminosa porque en ella manda el espíritu; son tuyos los de las cárceles de Ve-